

Mario Cuenca Sandoval

Aurora Q.

Premio Málaga de Novela 2023

Galaxia Gutenberg

MARIO CUENCA SANDOVAL

Aurora Q.

Informe sobre los niños del Arca

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).



Ayuntamiento de Málaga
Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XVII Premio Málaga de Novela, concedido el 27 de noviembre de 2023 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján, Alberto Olmos, Ana Cabello y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Mario Cuenca Sandoval, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 1144-2024
ISBN: 978-84-19738-97-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El mandamiento «No matarás» nos ofrece la seguridad de que descendemos de una larguísima serie de generaciones de asesinos, que llevaban el placer de matar, como quizá aún nosotros mismos, en la masa de la sangre.

Dr. Sigmund Freud

Todo caso clínico es una novela de género. Una novela de terror, de fantasmas. El sobresaltado encuentro entre lo real y lo que el analista imagina.

Dr. Mateo Jiménez-Irisarri

Podría decir otra cosa, incompatible con lo que acabo de decir, y *también* sería la verdad.

Dr. Jacques Lacan

Sesión primera:

La captura

1

Temo que el anuncio de que este seminario versaría sobre los niños del Arca, también conocidos como los monstruos del Arca, o los demonios de San Simeón de Emesa,[1] haya ejercido el embrujo de esas melodías que en las fábulas infantiles arrastraban a los curiosos detrás del flautista. Es una melodía vieja y embriagadora, lo sé, pero yo no soy ni el flautista, ni el compositor, solo aquel que se tomó la molestia de transcribirla para la comunidad médica. De ahí que la insistencia de ustedes en asistir a este seminario no provoque en mí otra cosa que una franca perplejidad.

Pero, en fin, aquí están ustedes. Aforo completo. Y puede que incluso haya entre los presentes fervorosos admiradores de la estela de pólvora y vísceras en que

1. El presente texto es una transcripción del seminario impartido por el doctor Mateo Jiménez-Irisarri entre el 19 y el 24 de enero de 2004 en el Centro Ramón y Cajal realizada por sus alumnos a partir de las grabaciones que se conservan en la fonoteca de la sede española de la Asociación Mundial de Psiquiatría. La numeración de los capítulos corresponde a la de los folios mecanografiados por los estudiantes. [Todas las notas son del Editor].

al cabo consiste la obra de los niños del Arca. Vaticino que serán los primeros en abandonar el auditorio. Los seguirán los lectores de crónica amarilla, los entusiastas de aquel fantasioso filme de los años noventa dirigido por Gaspar Minaglia,[1] y del formidable alud de telerreportajes y documentales que retratan no tanto a los niños cuanto una sublimación suya, toda esa milonga del hombre natural no deformado por el crisol de la cultura, esa estirpe mítica de los salvajes o los semisalvajes romantizada por la literatura y la filosofía. Sé cómo funcionan esos mecanismos, créanme, operan igual que en el cine americano con el arquetipo de los piratas o los forajidos de mi infancia; bellos, altaneros y tramposos, cínicos e idealistas, mistificados, en fin.

¿A qué tantas prevenciones? Digo esto porque ya adivino la decepción de algunos cuando vean a este viejo facultativo desplegar, como un pavo real, un exuberante plumaje teórico, toda vez que pavonearse constituye una de las prendas de la exhaustividad científica. Porque no estamos aquí para regodearnos en lo macabro, sino para interpretarlo con las herramientas del análisis. No para hacer crónica negra, sino ciencia. Y, como ustedes conocen de sobra, la ciencia se funda en las evidencias y no en los rumores, en el organismo y no en el fantasma. Así que olviden cuanto han oído o leído sobre los niños del Arca. Aparten de un manotazo esa fantasmagoría y centrémonos en lo real, en lo que ya ha cerrado su contorno y no deja orificios por los que se

1. El ponente se refiere a: Gaspar Minaglia, *Los nombres del padre* (filme), Cesárea Films, España, 1991.

infiltre la especulación y por eso adopta la forma, desde Parménides, de una compacta esfera.

¿Cuál es la primera ficha del rompecabezas? Sin duda, esta fotografía aparecida en prensa el lunes 19 de octubre de 1981, la más célebre de cuantas tomaran los viajeros a pie de autopista aquella funesta tarde de domingo y que ahora pueden contemplar en la pantalla. Estoy convencido de que adivinarán ustedes cosas que no residen en la imagen pero que la imagen sujeta sin problemas. Ya saben que la fotografía es el soporte perfecto para la especulación, porque multiplica la ambigüedad de las miradas, de las intenciones de un gesto, del propósito de una mano suspendida en el aire o el sentido de un paso congelado para la eternidad. Estoy seguro de que, en esta célebre instantánea, no verán ustedes los pies descalzos de los dos hermanos sobre el arcén, sino las huellas de sus crímenes; no el abandono



David y Raquel S. Fotografía de J. Ruiz de Almodóvar, *ABC*, 19 de octubre de 1981.

que delata la mugre en sus rostros y los abrojos enredados en sus melenas negras, sino el salvajismo; no las prendas rústicas y austeras de las que los mellizos no querían desprenderse tras su detención, sino las salpicaduras de sangre; no a dos niños abandonados, sino a dos demonios que caminan. Dicho de otro modo: no verán lo real sino una fantasía. Pero no olviden que no se puede fotografiar una fantasía, es decir: una pura elaboración de la mente.

2

Centrémonos, pues, en los hechos. Tras un chapucero triaje en caliente, los niños fueron sedados, vestidos con ropas de la beneficencia y puestos a disposición del Tribunal Tutelar de Menores[1] en la mañana del 19 de octubre de 1981. La prescriptiva ficha judicial se completó con los nombres bordados en los ponchos que vestían en el momento de su captura, aunque ninguna pista apuntaba a su filiación, dado que alguien –cuesta imaginar que ellos mismos– se había tomado la molestia de raspar el número de serie del arma que llevaban consigo. Huelga añadir que la inicial «S» fue asignada por el propio Tribunal en alusión a la condición salvaje de los

1. Los Tribunales Tutelares de Menores, vigentes hasta 1985, se habían constituido conforme a la Ley de 1948, que en su artículo 73 contemplaba la posibilidad de que «el presidente dispusiera que los técnicos especializados procedieran al examen y reconocimiento del menor, con ulterior emisión de informe, acerca de su constitución psicofisiológica».

mellizos. Los funcionarios rellenaron con aquella consonante la casilla reservada a los apellidos en su ficha, como podrían haberles asignado la «E» de expósito.

David y Raquel S. no respondían a las solicitudes del Tribunal ni exteriorizaban sensación o afecto alguno, y no por efecto de los sedantes, sino por una especie de bloqueo que el propio juez resumió para nosotros en conversación telefónica con una fórmula monumental: «He visto estatuas hieráticas del Antiguo Egipto más expresivas que ellos». La llamada a que hago referencia se produjo en la tarde del 20 de octubre de 1981, apenas cuarenta y ocho horas después de la captura, con el propósito de comunicarnos que los niños serían trasladados a nuestra clínica y que, aun atiborrados de sedantes, el personal de seguridad debía esmerarse en la retirada de cualquier objeto potencialmente peligroso de las dependencias en que se los confinara, pero también de las consultas en que los sometiéramos a examen, incluidas nuestras estilográficas –«Ya habrán leído ustedes las noticias»–. De sus enseres, solo se les permitía conservar dos muñecos articulados de madera de los que resultaba imposible separarlos y que hoy constituyen una de las reliquias más reconocibles de la mitología de los niños del Arca. Volveremos sobre este asunto más adelante.

Todas aquellas prevenciones parecían pocas para quien a la sazón dirigía nuestro centro, uno de esos viejos psiquiatras empeñados en convertir a sus pacientes en leones marinos bombardeándolos con psicofármacos. El señor D, que se resistía por motivos insondables a jubilarse, era un ilustre representante de esa escuela para la que el loco debe verse privado de toda distracción, reducido a la inercia, como las piedras que rue-

dan, quizá porque había iniciado su carrera en tiempos mucho más siniestros, anteriores a los hallazgos de Delay y Deniker,[1] anteriores a la camisa de fuerza química que sumió los sanatorios mentales en el silencio y la mansedumbre que ustedes conocen, y en los que los lamentos fueron reemplazados por ronquidos y el olor de las heces, por el aroma de las infusiones balsámicas.

¿Verdaderamente eran tan fieros los niños del Arca una vez desarmados y sedados como leones de circo? «Son peligrosos precisamente porque son idiotas», aseguró el juez. Y sin duda que su señoría se percató de mi embarazo al otro extremo de la línea, pues se apresuró a aclarar que por *idiotas* se refería a que los muchachos se la pasaban enfrascados en su propio mundo, «lo cual, como ya sabrá usted, doctor, es el exacto sentido etimológico de la palabra *idiota*». Me tomé entonces la libertad de regalarle al juez de menores una fórmula mucho más compasiva para referirse a sus huéspedes: «Creo que la expresión que buscaba usted es "autistas"».

3

Porque el diagnóstico *prima facie* de una psicosis autista parecía coherente con cuanto sugerían los hallazgos del

1. Se refiere al doctor Jean-Louis-Paul Delay y a su asistente, Pierre-Georges Deniker, descubridores de las propiedades de la clorpromazina para el tratamiento de la psicosis. Este hallazgo es considerado el primer gran hito en la revolución de la psiquiatría que se produciría a mediados del siglo XX gracias a la síntesis y aplicación de una serie de psicofármacos en el tratamiento de las enfermedades mentales.

peritaje y también con lo que hoy sabemos sobre los mal llamados niños ferales o niños lobo. Bruno Bettelheim estableció de manera retrospectiva que tales criaturas no son sino autistas sin diagnóstico, víctimas de una psicosis infantil que bloquea su humanidad y los encapsula en una suerte de fortaleza desde la que alzan sus defensas contra el mundo.[1] En el caso de David y Raquel, esa fortaleza se edificaba a partir de sus propios cuerpos inmóviles, en una estrategia similar a la de esos insectos que fingen la muerte para pasar desapercibidos a los depredadores.

Los hallazgos practicados por nuestros compañeros de San Simeón de Emesa la mañana del veintiuno de octubre no suponían ningún mentís a la tesis de la fortaleza bettelheimiana: simplemente elevaban a los niños varios escalones por encima de la condición del salvaje o del *idiota* severo, por contentar a nuestro juez, en el sentido de que:

(i) no eran cuadrúpedos;

(ii) sabían hablar, aunque se negaran a hacerlo y se enrocaran ante cualquier requerimiento sobre su procedencia, su origen, sus nombres o su linaje;

(iii) no presentaban enuresis ni encopresis (en deferencia a los profanos: ni micción involuntaria ni incontinencia fecal);

(iv) conocían el fuego y habían dejado numerosos indicios de aquella destreza durante su periplo por la montaña;

1. En *The Empty Fortress: Infantile Autism and the Birth of the Self*, Free Press, Nueva York, 1967. [Hay traducción al castellano: *La fortaleza vacía. Autismo infantil y el nacimiento del yo*, Paidós, Barcelona, 2002].

y (v) se hallaban sin duda en el estadio del espejo, *c'est-à-dire*: se reconocían a sí mismos en superficies reflectantes.

El examen preliminar no arrojó ningún otro detalle significativo, a no ser la disnea de la niña, a la que los agentes de la Guardia Civil habían alcanzado entre estertores que su hermano trataba de aliviar con un aerosol ya vacío, amén de «una serie de cortes paralelos, inferidos con alguna hoja afilada y mal cicatrizados, en la yema de los dedos» del chico, a los que habría que sumar el predecible catálogo de rasguños, escaras y picaduras de insectos, algunos de los cuales podían tener semanas o acaso meses a criterio de los forenses.

¿Saben cuál es el órgano de mayor tamaño en el cuerpo humano? Precisamente aquel que envuelve a todos los demás. La piel es el órgano contenedor sobre el que el mundo escribe su discurso. La piel es un texto. Recuerden ustedes cuando eran niños y arrastraban siempre arañazos en las pantorrillas y costras en las articulaciones. Piensen en una escritura de ramas secas, ortigas, paredes de piedra afilada, agujas de pino, zarzas. Cualquier dermatólogo puede leer ese texto como si se tratase de una larga novela de misterio.

No obstante, lo que diferencia a la medicina forense de la literatura de misterio se remonta al plano de lo simbólico, porque toda buena novela del género está presidida por algún signo cifrado, un grupo de iniciales, un símbolo esotérico, un mensaje en clave. Y también ese texto que conforma la piel humana presenta ciertos pasajes esotéricos, pliegues y zonas impúdicas. Si nues-

tros colegas del servicio de pediatría[1] accedieron a estas páginas prohibidas en el libro de los mellizos del Arca, fue solo para determinar la edad de los niños –unos once o doce años– con arreglo a la escala de Tanner. Ahora todo el mundo se rasga las vestiduras por estas prácticas que tildan de denigrantes, pero, a falta de partida de nacimiento o documento que desvelara la filiación de los mellizos, solo podíamos buscar pistas en la madre naturaleza, solo a ella podíamos dirigirle nuestras preguntas.

Fue así que nuestros colegas de urgencias hallaron una marca reciente en el pubis de la chica, «inferida con un marcador a fuego o instrumento similar», una especie de lazo de bultos blanquecinos que ofrecían la inconfundible forma de la letra alfa, que hoy todo el mundo asocia con el Arca, pero que entonces constituía un misterio, el arcano que presidía el pórtico de aquel volumen esotérico que era la piel de los mellizos. El hecho de que solo Raquel presentara aquel distintivo, aquella abyecta marca de fuego más propia de las reses que de los humanos, no significa que el signo no imperara también sobre David S., como estudiaremos más adelante.

1. Después del triaje de urgencia, el Tribunal Tutelar de Menores de Madrid solicitaría el pertinente informe sobre la constitución psicobiológica de los niños homicidas, David y Raquel S., confeccionado por los profesionales de la clínica San Simeón de Emesa entre 1981 y 1983 bajo la dirección del psiquiatra Dr. Mateo Jiménez-Irisarri y que es, todavía hoy, uno de los casos más citados y más discutidos, sobre todo por los críticos del psicoanálisis, que lo consideran ejemplo paradigmático de diagnosis puramente especulativa, fantasiosa e impermeable al contraste empírico.

4

No les negaré que me intimidaba la sola expectativa de encerrarme en una consulta con los mellizos. Pero la cuestión más acuciante no tenía que ver con mi propia seguridad personal, sino que era de índole teórica, morfopsicológica, si la quieren considerar así, a saber: en qué ademanes, en qué automatismos, en qué gestos se revelaría la monstruosidad que había sacudido a la opinión pública durante las últimas cuarenta y ocho horas. Porque lo que trajeron a mi consulta en dos sillas de ruedas, convenientemente atados y todavía constreñidos por un cóctel de tranquilizantes, tenía poco que ver con los rostros de las granuladas fotografías que habíamos visto en los periódicos: dos criaturas tensas y delgadas como muñecos de alambre, todo costillas y esternón, mandíbula y pómulos, que ni siquiera se parecían demasiado entre sí a no ser por el cabello oscuro y unos ojos negros en los que la pupila cobraba un tamaño desmesurado, pues aquella extrema delgadez los emparentaría en realidad con cualquiera que hubiera vivido en las condiciones en que los niños lo hicieron en la montaña.

Nada sugería, pues, que David y Raquel hubieran compartido la cálida oscuridad de una placenta y se hubieran disputado el pecho de una misma madre, pero me parece recordar que fue el vigilante de la noche, el señor H, quien les asignó aquel parentesco, tal vez por ese macabro clisé sobre los gemelos que el cine de terror ha explotado con generosidad, o tal vez porque los niños compartían aquella gestualidad robótica y repetitiva que helaba la sangre, y que es más fácil de encontrar

entre los grandes ingenios mecánicos de otro siglo que entre los humanos del nuestro.

Repararán en que antes hice alusión al *libro de los mellizos* del Arca, y no *los libros* –en plural–, porque David y Raquel parecían formar los brazos simétricos de un gran autómata programado para imitar a dos niños de verdad, algo así como las ruedas dentadas de un reloj astronómico del que sobresalían dos cabezas que giraban a un lado y otro como respuesta sincronizada a cualquier estímulo sonoro, pisadas en los pasillos, timbres, sirenas lejanas. Esa fue mi impresión durante nuestro primer encuentro en la mañana del miércoles, 21 de octubre, la de un continuo estructural e inquebrantable, una especie de simetría tan rígida que los críos parecían formar una unidad escindida en dos piezas, elaboradas con alambre, hierro oxidado y viejas aleaciones.

Y luego estaba el olor, aquel recio olor que compartían los mellizos, si es que lo eran, que recordaba al que impregna los aperos de labranza muy viejos, inasequible a los poderes del jabón y el desinfectante, y que doy fe de que los iba a acompañar toda la vida –de igual modo que me ha acompañado toda la vida a mí, por haber impregnado mi memoria–. Y estaba también aquella forma de mirar que el señor H comparó con la de las lechuzas. «¿Sabe cómo miran las lechuzas, doctor?». ¿Lo sabe alguno de ustedes? Al parecer mueven la cabeza a un lado y a otro, arriba y abajo, sin que los ojos se desplacen apenas dentro de las cuencas durante sus exploraciones. De ese mismo modo giraban sus cabezas los niños, evitando en todo momento el contacto visual con el alienista, para detenerse en los detalles de

la consulta, los lomos de los volúmenes sobre los anaqueles, los anuarios y memorandos médicos, los diplomas y retratos enmarcados. ¿Quizá a la búsqueda de algo que pudieran utilizar como arma? No lo creo. Los mellizos no representaban ningún peligro, por más que nuestro director magnificara el riesgo –«Nunca cierre la puerta de la consulta, Irisarri»– igual que quienes glosan a sus oponentes como robustos titanes solo para envanecerse, y se la pasaban sedados y esposados, y siempre bajo la estrecha vigilancia del señor H, hacia el que manifestaban una peculiar hostilidad que desconcertaría a cualquiera que hubiera conocido a un hombre tan afable y sereno como aquel. No tardaríamos en descubrir que semejante aversión la reservaban los mellizos para todos los uniformados, de los distintos cuerpos, por las razones que desgranaremos más adelante.

5

En su abordaje analítico de los menores, Melanie Klein[1] se había valido del juego, que al fin y al cabo constituye también un discurso a su manera y, como tal, se vuelve susceptible de análisis e interpretación. Seguro que alguno de los profesionales aquí presentes ha hecho rodar pelotas a los pies de autistas emulando a la doctora Klein. Sin embargo, la total ausencia de juego constituía

1. Melanie Klein, «La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado», en *Obras completas*, vol. III, Paidós, Buenos Aires, 1974.

otra evidencia de la bestialidad de los niños del Arca, o de la semibestialidad de los niños del Arca. Nunca los vimos jugar, ni siquiera con aquellos muñecos de madera que llevaban consigo, por más que los enfermeros los agitaran ante sus ojos como para infundirles vida. Los manipulaban, sí, les hacían plegarse a determinadas posiciones que ellos emulaban con sus famélicas anatomías, pero no me atrevería a llamar juego a aquella especie de mímesis, aquella gimnasia de espejos. Desde que desembarcaran en nuestra institución, jamás los vimos participar en recreo alguno, ni proponerse ningún divertimento el uno al otro, ni siquiera durante el breve paseo diario por el jardín que tenían autorizado. ¿Y qué hacían entonces?, se preguntarán ustedes. Entonces se limitaban a sentarse cerca de un árbol, sobre la hierba, y a explorar su alrededor, y romper tallos, arrancar ramas, buscar comida en el suelo, igual que las bestias amansadas.

Pero formúlense esta otra cuestión: ¿qué es un niño que no juega? El juego requiere el empleo de utensilios para representar con ellos otras realidades, actuar como si el palo fuera la grupa de un caballo y la mopa sus crines, y David y Raquel S. parecían inhabilitados por completo para aquel *como si*... Al igual que los niños ferales, los niños del Arca no requerían de semejante operación intelectual porque se desempeñaban más entre las cosas que entre las palabras, capaces de permanecer horas y horas inmóviles, sin entregarse a actividad alguna, inmersos en lo real, inmunes a la fantasía. Daba la impresión de que el mundo fuera para ellos una piedra acabada y sin la menor fisura por la que pudiera penetrar lo simbólico, algo tan lleno como un ganso

después de haberse comido todas las bellotas, en expresión de nuestro añorado Óscar Masotta.[1]

El autista severo desconoce el juego simbólico porque no tiene voluntad de comunicarse con quienes vivimos en las afueras de su fortaleza. Algunos repiten las vocalizaciones de quienes los rodean –ecolalia– y otros se pertrechan detrás de una jerga propia, o de un lenguaje estereotipado, repetitivo y ritual. Pero David y Raquel eran como un libro cerrado, o, mejor aún, como uno de esos diarios personales que cuentan con un cerrojo para desalentar a los fisgones.

¿Cómo enfocar entonces nuestra intervención con niños que no se comunicaban? ¿Cómo abordar una curación por el habla, en expresión de Anna O,[2] cuando se le escamotean las palabras al analista? Donde no hay significantes que interpretar, no hay posibilidad de análisis. Hasta los legos saben que el análisis consiste en *hacer hablar*, en hacer que el analizando desembuche, por decirlo con una expresión más pedestre. Y nosotros nos enfrentábamos a dos subjetividades precarias, opacas y anudadas entre sí, con herramientas que solo son eficaces allá donde hay simbolismo. Mi impresión era que teníamos que jugar un deporte familiar aunque con aparejos inverosímiles, algo así como una partida de tenis en la que enormes plumas de avestruz hacían las ve-

1. Óscar Masotta, *Lecciones de introducción al psicoanálisis*, Gedisa, Barcelona, 1977, p. 37.

2. Jiménez-Irisarri se refiere aquí a Bertha Pappenheim, considerada la «paciente cero» de Josef Breuer y Sigmund Freud, y, por ende, el primer caso clínico de la historia del psicoanálisis, a la sazón denominado todavía «curación por el habla».

ces de raquetas, y la pelota de caucho era sustituida por un huevo de brontosaurio, pesado y frágil al mismo tiempo.

Pues verán ustedes: el demonio tiene sus trucos. Y yo aprendí algunos muy buenos durante mi desempeño con niños autistas en mis días de residente. Nuestro as en la manga iba a ser la magia, la prestidigitación, provocar algún intercambio comunicativo a través de la sorpresa, tal vez la risa, sacar una moneda del bolsillo, mostrársela a los chicos, fingir que la engullía para hacerla reaparecer por mi oído izquierdo: *voilà!* Un juego elemental que todos ustedes conocen y que absorbió por completo la atención de los niños, quienes se llevaban la mano a la boca y después al oído con los ojos de par en par, como si intentaran comprender qué milagro era aquel, un rostro en que aparecían y desaparecían los objetos. Y luego, cuando repetí la maniobra, los mellizos estallaron en una estruendosa carcajada, de una desmesura tal que helaba la sangre. Y supe, gracias a aquella especie de prodigio bíblico –si bien no se le había devuelto la vista a un ciego ni el oído a un sordo–, que existía alguna posibilidad de asaltar la fortaleza de los niños del Arca.

6

Como podrán suponer, la adaptación de unos niños así a nuestra clínica no iba a resultar nada fácil. Las tareas más elementales, como vestirlos, desvestirlos o asearlos, parecían acarrear los mismos riesgos que la crianza de medusas en cautividad, o de las rayas marinas si lo pre-

fieren. Quiero decir que requerían de complejos rituales que, de no realizarse según sus exigencias, podían ocasionar temibles ataques de cólera. Sin embargo había que administrarles sus tranquilizantes, asistirlos a la hora de defecar o de orinar, ventilarles la habitación... En fin, había que hundir las manos en el tanque de las medusas.

¿Peligraban nuestros dedos? No lo creo. Al fin y al cabo, el autista severo ni siquiera percibe a sus cuidadores como individuos, sino como piezas de una maquinaria, engranajes de un mundo impenetrable con el que tampoco desea entablar comunicación: una mano que lo peina por la mañana, otra que le lava los dientes, otra que lo alimenta, pero ¿se percataría siquiera de la diferencia si esa mano fuera sustituida por un brazo hidráulico?

Y en cuanto a los hábitos de sueño, David y Raquel se resistían a que se les cerrara la puerta por la noche, y pataleaban para que los auxiliares la dejaran entornada a la hora en que se apagaban las luces. Aquí el ritual dependía de dos fetiches, de aquellas figurillas de madera que llevaban consigo, en el sentido de que tenían que colocarlas en una exacta postura sobre la mesilla de noche, a la que ellos se amoldaban después bajo las sábanas con las limitaciones que les imponían, desde luego, las cintas que los sujetaban a la cama, aunque no daba la impresión de que se sintieran representados por aquellos muñecos, sino más bien a la inversa: parecían tomarlos como modelo para una pantomima, un extraño ejercicio gimnástico mediante el cual se encajaban el uno en el otro, abrazados, o habría que decir que más bien ensamblados, como dos insectos que se unieran para armar un solo caparazón inmóvil.